



UN DETECTIVE ACCIDENTAL
EN DONOSTIA

Michael Featherstone

UN DETECTIVE ACCIDENTAL
EN DONOSTIA



Primera edición: agosto 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Michael Featherstone

ISBN: 978-84-18828-56-0

ISBN digital: 978-84-18828-57-7

Depósito legal: M-22921-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Uno

Encontraron el primer cuerpo en la calle Fermín Calbetón en el barrio viejo de Donostia. Hacía años, y yo no sabía a ciencia cierta cuántos, habrían dicho San Sebastián, pero ya todos los nombres habían cambiado al euskera. El cadáver estaba tumbado boca abajo en frente de una de las aproximadamente tres mil cervecerías que había en esa calle estrecha que se extendía por solamente ciento veinte metros. Cuando lo volcaron, se vio inmediatamente la causa de la muerte. Había como veinte palillos de pintxos muy afilados clavados en la garganta del tío y todos los agujeritos, como buenos socialistas, habían contribuido igualmente al flujo de sangre para formar un charco rojo y muy centelleante debajo del cuerpo. No cabía duda de que la muerte había alcanzado al tío en ese mismo lugar, ya que no había ningún indicio de que el cuerpo hubiera sido arrastrado hasta allí. Y toda la sangre acumulada en el charco se habría quedado allí si no hubiera sido por el policía bruto que se salpicó los zapatos y pantalones al contaminar la escena del crimen con sus pasos de payaso de circo.

Por la ropa, la víctima se identificaba como otro americano turista en el País Vasco (antes conocido como Vascongadas y muchos otros nombres): *shorts* estilo cargo de Old Navy, chancletas demasiado caras y cincuenta y cinco *dolarucos* estadounidenses en el bolsillo.

Sin embargo, por el carnet de identificación en el otro bolsillo se aprendió rápidamente que el cuerpo había sido la última residencia del espíritu de un hombre cuyo nombre no pudiera haber

sido más español: Fernando González. Era ciudadano español, había nacido en Madrid y se había ido a la universidad en los Estados Unidos. Tenía veintisiete años en la tierra y ahora tendría muchos más debajo de ella.

Se las había arreglado para quedarse en los Estados Unidos a trabajar y tenía la bendita tarjeta verde, la cual le daba permiso oficial para hacerlo legalmente. Andaba de vacaciones en su país nativo antes de descansar en guerra callejera en vez de paz, lo cual era un descanso final de todas formas.

Las fuerzas del orden público y desorden personal dieron con el cadáver a las siete de la mañana, el domingo 28 de mayo, antes de la primera misa en Donostia. Normalmente, recorrían los callejones del barrio viejo para orientar a los borrachos y recoger euros sueltos en el piso y hacían su trabajo como los profesionales que eran. Todo el mundo siempre llegaba a donde iba y nunca había monedas peligrosas acumulándose en la calle.

Pero un cadáver fresco no era un acontecimiento de todos los días y después de mirar por todos lados y decidir que no había evidencia a la vista, sacaron al exseñor González de allí y limpiaron la kalea no solamente de monedas, sino de sangre también.

A mí me llegaron las noticias del acontecimiento la misma mañana que encontraron al señor González justo cuando acababa de abrir la Pukas Surf Eskola en la calle Zurríola Hiribidea, donde trabajaba para pagar el alquiler. A eso de las ocho de la mañana, un empleado de una de los centenares de cervecerías de la calle Zabaleta, Carlos, me lo dijo con algo en su tono que yo identificaba casi como orgullo de que no hubiera acontecido en nuestro barrio. En cualquier noche dada, la calle Zabaleta era capaz de rivalizar con el barrio viejo en términos del tráfico de sedientos y por lo visto la competencia se extendía más allá de solamente los negocios. Me chocó un poco la noticia porque normalmente cuando se encontraba un cuerpo humano acostado por la mañana, fuera en la Fermín Calbetón o la Zabaleta, estaba tan lleno de vida como de alcohol y llegaba a ponerse de pie tarde o temprano. Me fui informando de los detalles más macabros

a lo largo del día gracias a los surfistas que venían a alquilar o comprar y a los principiantes que venían a tomar clases al precio siempre razonable ofrecido por la eskola.

Decir que el caso me parecía raro era poco decir, pero después del quinto comentario detallado a las once de la mañana, dejé de pensar en el asunto. Faltaban solamente tres días para el día de entrega del alquiler y el mes de mayo había sido medio flojo en mi otro trabajo, así que me puse manos a la obra. Las tablas y los neoprenos no se iban a limpiar solitos.

Trabajé durante el almuerzo y cuando finalmente eran las cuatro de la tarde, aparecieron los colegas del cierre. Decidí aprovecharme de uno de los beneficios de trabajar en una eskola de surf en Donostia, además de cobrar en efectivo sin confesarme ni a los sacerdotes ni a la Agencia Estatal de Administración Tributaria. Tomé una tabla de superficie blanda de ocho pies y el peor neopreno disponible y me fui a la playa Zurríola a probar mi suerte. En el caso mío, hacer surf era siempre cuestión de suerte y no de pericia y mis compañeros lo sabían.

—¡Hala, Migue, hala!

—¡Están buenas para ti! ¡De un metro para abajo!

—¡Qué te diviertas!

Mi colega Tomás me abrió la puerta y salí a una tarde perfecta con tres nubecitas en el horizonte y una temperatura de 25 grados. Crucé la calle a la carrera y me entregué a las olas perfectamente formadas de la playa Zurríola. Mis colegas me habían informado bien sobre el tamaño de las olas y logré montar siete olas en cuarenta y cinco minutos con solo tres fallos, lo cual era un exitazo para mí. No pudiera haberme sentido más satisfecho de camino a mi apartamentito en la calle Zabaleta.

Dos

El segundo cuerpo apareció una semana más tarde debajo del puente de la Zurriola, que era el puente más cercano de la desembocadura del río Urumea al mar. A veces parecía que había casi tantos puentes en el Urumea en Donostia como cervecerías en la calle Zabaleta, pero solo eran seis y si se sumaba también la pasarela Mikel Laboa, eran siete. Pero el más usado por los peatones en el camino al barrio viejo era el puente de la Zurriola porque llevaba directamente a la entrada del barrio. Se había calculado que el flujo de cerveza que cruzaba el río en las barrigas de los transeúntes del puente en cualquier sábado por la noche era el doble del agua que entraba por la desembocadura del río en marea alta.

Dio la casualidad de que el nuevo cuerpo fue descubierto en la última parte de la madrugada por un cliente de la Calbetón, cuya contribución al flujo líquido cruzando el puente habría sido significativa si no se hubiera encorvado para vomitar al río justo antes de pisar el puente. Aun a través de su niebla alcohólica personal, se dio cuenta de que sus vómitos habían acertado sobre algo encima de las rocas al lado del río abajo. Como el ruido estrangulado de sus vómitos ya había atraído la atención de un policía fumando un cigarro en medio del puente, otra vez las fuerzas del orden público entraron en acción. Resultó que el francotirador de vómitos había dado en un cuerpo humano que estaba tumbado boca abajo encima de las rocas.

Como la marea estaba baja a esa hora, pudieron bajar para examinar el cuerpo antes de sacarlo. El cadáver tenía una herida muy

fea en la frente, obviamente causada por el impacto contra las rocas, y si la herida no había sido la causa de la muerte, entonces el tío se había ahogado. Nadie había visto nada, no había testigos y el incidente no era nada más que un accidente trágico. Fuera la que fuera la causa de la muerte, la caída del tío era un ejemplo más de los resultados potenciales de una borrachera potente. A mucha gente se le iba la mano cuando andaban de parranda en Donostia.

Esta vez me enteré del incidente a través del periódico local, *El Diario Vasco*. El titular gritaba «¡Otro cadáver!» y venía acompañada por una foto del muerto, sacada desde el mejor ángulo posible para enfatizar la herida en la frente. Fue uno de esos momentos que me recordaban a los placeres del periódico famoso de Nueva York, el *New York Post*, del cual se decía que los titulares se escribían con sangre en vez de tinta. Según *El Diario Vasco*, el muerto había sido un turista inglés llamado Ralph Johnson de unos treinta años, ingeniero de profesión que estaba de visita en España por primera y última vez. La familia del difunto estaba en camino a reclamar el cuerpo.

Todo esto lo leí el día 4 de junio, otra vez en la Pukas Surf Eskola. Estaba medio flojo el día, lo cual me permitió dedicar un poquitín de tiempo al periódico y, dejando al lado la sorpresa inicial de otro muerto tan cerca del barrio viejo, no volví a pensar en el asunto. Los homicidios no eran muy comunes en Donostia, pero los accidentes podían suceder en cualquier parte. Pasé un buen día en la eskola y otra vez logré meterme al agua al final de la tarde. Ya había pagado el alquiler de junio y andaba libre de cualquier presión. Por el momento.

Tres

El día 6 de junio, al mediodía, ya había terminado con mis cuatro horas en la Pukas y estaba de camino al Instituto Lacunza, una escuela de francés e inglés en el centro. Iba a dar una clase privada de inglés a un estudiante adolescente que tenía planes de pasar un año estudiando en los Estados Unidos comenzando en septiembre. Los padres me habían elegido de entre los varios maestros disponibles en el instituto por tener la reputación ya bastante extendida en la ciudad de manejar la palabra *fuck* en todas sus formas y aplicaciones mejor que cualquier otro maestro del área. El ser de Nueva York también ayudaba, ya que el chico iba a residir en Manhattan y tendría que saber algo sobre el metro antes de llegar. Por lo menos eso decían los padres. La impresión mía era que el chaval tenía más interés en saber si era posible comprar hierba y a qué precio.

Yo estaba en la Astakasunaren Hiribidea justo en frente del Starbucks y a dos pasos de la entrada del instituto cuando me di cuenta de que alguien gritaba mi nombre. Una pareja, que jamás había visto en la vida, había salido del Starbucks y los dos corrían hacia mí haciendo señas con la mano para que yo les esperase. Por su facha no eran españoles y tampoco por su manera de gritar «*Mister Llewellyn*». El apellido mío es absolutamente imposible de pronunciar para un español sin horas de práctica y estas dos personas lo decían perfectamente mientras corrían. Si eran españoles, eran del equipo olímpico de idiomas. Al llegar en frente mío, los reconocí del periódico como los padres del inglés difunto, James y Edna Johnson.

James Johnson había empezado la vida como pelirrojo y ya estaba acercándose a la última vuelta de la carrera como calvito pecoso. Mediría un metro con 67 y tenía la postura de un militar que le hacía parecer más alto. Tenía dientes como lo que quedaba de una valla de estacas después de años de descuido. Edna Johnson le igualaba en altura, pero le superaba en el aspecto dental, lo cual no era un reto difícil. Tenía el pelo blanco y peinado como una señora de una revista inglesa de los cincuenta. Llevaba zapatos de tacones bajos que hacían juego con su bolso color *beige*. Los dos tenían los ojos rojos de quienes no habían dormido mucho en las últimas 48 horas. O que habían llorado mares de lágrimas.

Los dos comenzaron a hablarme en inglés al unísono y a una velocidad verdaderamente impresionante para dos personas que acababan de pasar por una de las tragedias más horripilantes que la vida ofrecía en el menú. Levanté las manos para indicarles que no tenían que escupirme todo lo que tenían para decir en solamente quince segundos.

—*I'm sorry Mr. and Mrs. Johnson, can you please speak one at a time?*

Se miraron la una al otro como si se hubieran llevado el Gordo. ¡Yo no solamente sabía sus nombres, sino que también hablaba inglés! Por su reacción de arrebato, parecían convencidos de que ahora todo marcharía bien. El señor Johnson comenzó a contarme de cómo ya habían hablado con la policía como parte del proceso de recoger el cuerpo de su hijo y que el nombre mío había surgido en la conversación como alguien que podía ayudarles. O por lo menos entenderles.

Me vi obligado a levantar las manos por segunda vez para detener el chorro de palabras que me daba en la cara porque faltaban solo dos minutos para la clase de inglés que tenía que dar en el instituto. Les expliqué de la forma más educada posible que tenía una obligación previa, pero que podría reunirme con ellos en dos horas. Me dijeron que estaban hospedados en el Hotel Arrizul Center en la Peña y Goñi Kalea, no muy lejos de la playa Zurríola. Quedé en buscarles allí cuando hubiera terminado con la lección de cómo el gerundio *fucking* se podía emplear como el adjetivo más versátil del inglés.

Cuatro

De camino al Hotel Arrizul Center dos horas más tarde, con mis sesenta euros duramente ganados en el bolsillo, pasé frente al Hotel María Cristina, donde había visto por última vez a la razón de mi presencia en Donostia. Hacía casi diez años, pero todavía me venía a la sesera con claridad cómo la escena había acabado. No con una explosión de cólera ni lágrimas, lo cual habría sido terapéutico y tal vez hasta beneficioso para mí, sino con un silencio que me congeló hasta los cojones al ver a Teresa darme la espalda y montarse en el coche del otro. Dicho coche se hizo muy pequeño muy rápidamente a medida que los dos se largaban de Donostia para empezar su vida juntos en el sur de España.

La había conocido en Madrid, claro, porque ¿qué otro lugar había para que un estudiante estadounidense conociera a una aragonesa? Yo estaba allí con el programa de Middlebury College del Estado de Vermont con la esperanza de conquistar el castellano. Ella estaba allí con la esperanza de llevar una vida más chula que la que Zaragoza podía ofrecerle. No era de Zaragoza, sino de un pueblito perdido de Aragón que ella describía como el escabel de Sabiñánigo. Había fumado medio cigarrillo en Zaragoza antes de decidir que le quedaba estrecha y en menos que canta un gallo había venido a Madrid. Trabajaba de mesera en un café de Malasaña en la plaza Marqués de Santa Ana que se llamaba El Rincón. Por casualidad, un jueves por la tarde me refugié allí de un aguacero repentino. Pedí una caña y un café juntos y como respuesta a su mirada interrogativa le dije que prefería estar bien despierto durante mis borracheras. Me tomé los

dos mirando la lluvia por la ventana y cuando se quitó el agua, me levanté para salir. Ella me alcanzó en la puerta, chaqueta en mano, y me preguntó de dónde era con una sonrisa tan bonita que yo no podía entender cómo era posible que una pregunta de esa boca se me dirigiera a mí. Tardé diez segundos completos en darme cuenta de que tenía la boca mía abierta sin emitir ningún sonido.

Finalmente respondí que era de Nueva York, pero que estudiaba en Madrid en aquel momento. Luego me preguntó a dónde iba y como no tenía ni puta idea, contesté que en busca de otra caña. Me dijo que me llevaría a un bar bien guay si la invitaba y acepté su oferta a pesar de no saber lo que quería decir *guay*. Así empezó un vía crucis que terminó a las dos de la mañana en el apartamento que ella compartía con cuatro personas más y dos perros. Cuando nos despertamos al mediodía el viernes, yo ya sabía lo que quería decir guay y sabía que era la palabra perfecta para describir la noche que había pasado con Teresa.

De allí en adelante, durante el resto del año escolar, yo aparecía cada vez menos en las clases del programa de Middlebury, pero el castellano se me inculcaba hasta el tuétano con el tiempo que pasaba con Teresa y los otros españoles de su pandilla. Cuando el profe de la clase de Español Coloquial llegó a preguntarme cómo hacía para sacar tan buenas notas en los exámenes sin frecuentar las clases, le contesté con tal racha de jerga madrileña callejera que me miró con los ojos tan abiertos que por un instante yo creí que había sufrido un infarto. Pero en vez de caerse muerto, me dijo que ya no tenía que presentarme en la clase, que el vocabulario que lucía indicaba que él no era capaz de enseñarme nada nuevo. Pero sí me pidió que viniera la próxima semana para ayudarle con algunas frases sobre cuyo uso todavía tenía sus dudas.

Cuando llegué al final del año en mayo, yo estaba tan amarrado a Teresa y ella a mí que ni loco iba a volver a Nueva York. Y por eso nos casamos. Yo tenía veintiún años y ella veintidós. Mis padres no me jodieron la vida cuando les di las noticias y ella ni se comunicó con los suyos. Después de pasar por todo el rollo oficial, conseguí

los papeles de trabajo de España y toda la Unión Europea. Empecé a dar clases de inglés, buscamos un apartamento en el barrio de Lavapiés y la vida era de ensueño. Ganábamos bastante para pagar el alquiler y divertirnos y ¿qué más hacía falta?

Después de seis meses de felicidad matrimonial y juergas nocturnas, a Teresa le vino a la sesera que quería vivir al lado del mar Cantábrico. Con la lógica de que seguramente hacían falta meseras y gente capaz de dar clases de inglés americano tanto en Donostia como en Madrid, nos escabullimos de nuestro apartamento con nuestra ropa, tres libros, una revista y dos bocadillos para el viaje. De Atocha nos fuimos al norte y nuestra relación se fue a la mierda. No tan rápidamente, pero sí con paso firme y seguro.

Al llegar a Donostia, logramos alojarnos en un apartamentito en la misma calle Zabaleta a dos puertas de una taberna, el Bar Zabaleta, y a dos cuadras de la playa Zurriola, la de los surfistas. De hecho, lográbamos pagar el alquiler gracias a la segunda cama que habíamos comprado y alquilábamos a surfistas extranjeros que pasaban sin parar por la ciudad a ver si lo que decían de las olas de la Zurriola era cierto. Y casi siempre lo era.

Teresa consiguió un trabajo de mesera en el restaurante del Hotel María Cristina y yo me enchufé con dos escuelas de idiomas dando clases de americano o neoyorquino, dependiendo del panfleto de propaganda que uno viera. Todo iba viento en popa y disfrutábamos en cantidad. Era una ciudad pequeña en comparación con Madrid, pero sí tenía marcha y nosotros marchábamos bien. Había bares, ¡cómo había bares!, había música, había mucha gente joven y había comida buena y barata disponible en cada puerta. También había playa y todo el ambiente que eso traía. Yo no sabía qué nos gustaba más, la playa, la marcha o la vida conyugal. Pero no importaba porque podíamos participar en todo. Me sentía elevado a otro nivel de guay, un nivel bien alto.

Estuve en ese nivel de guay por seis, tal vez ocho meses, y luego empecé a notar que lo que teníamos ya no parecía animarle a Teresa como antes. No era que hubiera cambiado de ser la persona

extrovertida y energética de siempre, pero algo faltaba. Trataba de explicármelo diciendo que era la presión del trabajo en un restaurante elegante de verdad, y la verdad era que ella estaba trabajando más que nunca. Llegaba después de su turno con propinas impresionantes, pero fatigada y, me parecía, molesta. Ya no podía animarla hablando de la juerga que nos esperaba y ni las flores ni el vino ni los cariños daban resultado tampoco.

Un día volvió a casa a las dos de la tarde después de dar un paseo y me anunció que se iba. Cogió nuestra única maleta, le embutió la mayoría de su ropa y se marchó del apartamento. La escena fue tan chocante que hasta el surfista medio dormido en nuestra segunda cama salió de su modorra para ver la puerta cerrármeme en las narices. Tardé quince segundos en comprender lo que había acabado de suceder y salí corriendo de la casa. Subí y bajé por la Zabaleta y me dirigí a la playa buscándola en vano. Se había esfumado.

De repente, eché a correr hacia el María Cristina. No sabía por qué, pero me dio una corazonada de que de allí partiría si se iba de verdad de Donostia. Corrí la distancia entera y ¡allí estaba! La llamé, grité su nombre y no se detuvo. Por fin la alcancé en el estacionamiento y ella tuvo que pararse por el estruendo de mi grito. Se dio media vuelta para mirarme por lo que resultaría ser la última vez y se dignó a hablarme.

—Abur.

Luego se metió en el coche de quienquiera que fuera el chaval que se la llevaba.

Cinco

Todo esto estaba yo tratando de exprimirme del cerebro cuando me encontré frente al Hotel Arrizul Center en la calle Peña y Goñi. Hice el mismo esfuerzo para salir de mi propia mente que había hecho unas cien mil veces durante el primer año de mi abandono y abrí la puerta de cristal pesado del hotel.

La entrada era bastante estrecha, con una escalera al fondo que sin duda subía a las habitaciones. La continuación de la escalera, directamente en frente mío, llevaba abajo o a las cámaras de tortura o al comedor. A la izquierda había un mostrador pequeño desde donde se podía vigilar toda la actividad de la entrada, la calle de en frente y el supermercadito al otro lado de la calle. Me imaginaba que toda esa actividad sumaba a menos de cero en cualquier momento del día o de la noche, haciendo el trabajo de recepcionista de allí tal vez el trabajo más aburrido de todo Euskadi.

Sin embargo, cuando me dirigí al mostrador, la vasca que estaba detrás tenía tal chispa en los ojos y me saludó con tanta amabilidad que me recordó a mis días de aspirar cocaína en Madrid con Teresa. En esa época, todos teníamos una amabilidad que no se podía medir hasta que se desvanecía en la neblina mental que siempre descendía bien entrada la madrugada. Y como si su chispa fuera poca cosa, la recepcionista era bien bonita también. Le devolví su sonrisa acogedora lo mejor que pude y ella me habló.

—Buenas tardes. ¿Cómo le puedo servir?

—Buenas, eh, es que estoy aquí para hablar con la pareja inglesa, los Johnson. ¿Puede usted avisarles de que Michael Llewellyn ha llegado?

—Oiga, qué nombre más raro para un madrileño.

—Bueno, yo no sé si eso es un elogio o una crítica aquí en Donostia, pero no soy madrileño.

—Pero si habla usted con acento madrileño.

—Allí estudié y algunas cosas no se quitan.

—Ah, ya veo. Déjeme avisar a los Johnson.

Marcó el número de la habitación y habló en un inglés bastante avanzado. Escuchó la respuesta y colgó.

—Dice el señor Johnson que se van a reunir con usted en el salón público justo arriba de la escalera en el segundo piso.

Bajó la voz y me habló en un tono de conspiración.

—Es que su habitación es de las pequeñas y no hay espacio para visitas.

—¿Y hay un salón allí arriba?

—Es lo que llamamos el espacio en frente de la escalera. Hay medio sofá, dos butaquitas, una mesa con tres patas y revistas del año pasado.

Coño, pero ¡qué sentido del humor! Le agradecí su ayuda y me dirigí a la escalera. Justo antes de subir me di media vuelta y le hablé otra vez.

—Disculpe, ¿y su nombre?

—Inmaculada Corcóstegui.

—Uf, qué nombre más vasco. Pues, mucho gusto, ¿eh?

—Igual *mister* Llewellyn.

Lo pronunció a la perfección.

Cuando llegué arriba, los Johnson ya estaban acomodados en el salón que se veía más o menos como lo había descrito la señorita (me parecía) Corcóstegui. La única diferencia era que la mesa tenía tres patas y media en vez de solamente tres. La media pata no ayudaba con el equilibrio y la mesita se mecía de un lado al otro si alguien tocaba las revistas viejísimas que tenía encima.

Nos presentamos formalmente, a pesar de que todos sabíamos quiénes eran los otros, pero, qué caray, eran ingleses después de todo. Me explicaron que, según la policía, su hijo se había caído

del puente de camino a su hotel y se había abierto el cráneo en las rocas de abajo. Como buenos vascos, los policías no se andaban por las ramas y les habían dicho a los Johnson que atribuían la caída a lo borracho que estaría su hijo la noche fatídica. Después les habían dado las instrucciones necesarias para llevarse el cuerpo el próximo día de vuelta a Inglaterra para el entierro. Los policías luego se habían levantado, ofrecido sus pésames más sinceros y se habían marchado, dejando a los Johnson completamente solos sin que hubieran tenido ni siquiera la oportunidad de decir esta boca es mía.

El comportamiento de los polis, que sin duda eran de la Ertzaintza, la policía autónoma del País Vasco, no me parecía nada del otro mundo. Con la reputación mía de manejar las palabrotas americanas mejor que nadie, la policía ya me había reclutado varias veces para servir de intérprete cuando los agentes de primera de la Ertzaintza se habían visto en la posición de no entender ni jota de lo que les explicaban en inglés surfistas fumados o turistas borrachos. En varias ocasiones, yo había logrado explicar ofensas, traducir disculpas, aclarar malentendidos y evitar malos ratos, ahorrándoles tiempo y euros a todos. En otras ocasiones, hiciera lo que hiciera, los imbéciles extranjeros habían acabado en un calabozo con sus propios vómitos de compañía. En todos los casos, los policías siempre habían sido muy directos y cuando creían que habían terminado con lo suyo, se habían marchado sin más ni más. Por lo visto, eso no había cambiado.

El señor Johnson terminó de describir la escena con los dos policías con su señora a su lado asintiendo con la cabeza como metrónomo. Les miré a los dos y planteé la pregunta clave.

—*Mr. and Mrs. Johnson, I'm very sorry for your loss, but how do you think I can help you?*

Otra vez se les veía aliviados de que alguien les hablara en inglés y se lanzaron a responderme al unísono, también por segunda vez. Tuve aun menos éxito que la primera en entender el chorro de palabras que me inundó los oídos y la mueca que me puse les con-

venció para turnarse en explicarme cómo había sido su hijo, Ralph.

Por lo visto, había sido un hijo ejemplar que nunca les había desilusionado ni causado ninguna pena. Se me ocurrió que era muy temprano para que la vida del tío se convirtiera en hagiografía, pero me callé esa impresión dado el calvario que los Johnson estaban viviendo. Les dejé recitarme los logros académicos y personales en conjunto con los ejemplos constantes de su bondad y amistad para todos y di gracias a Dios de nunca haberle conocido porque ya tenía ganas de romperle la cara por lo perfecto que había sido. Decidí interrumpir la narrativa para ver si podían contestar mi pregunta inicial.

—Excuse me, I think I understand that your son, Ralph, was a very good person, but I don't really see how this relates to what happened.

Me miraron como si yo fuera el más idiota de los hombres y el señor Johnson me explicó con ese tono que reservaban los ingleses para los que éramos de sus excolonias.

—Well, of course, Ralph didn't drink alcohol.

Cuando oí eso, mi primer instinto era preguntar cómo carajo había hecho el tío para caerse del puente y estrellarse la cabeza contra las rocas de abajo si no tomaba alcohol, pero me contuve. Luego la señora Johnson le arrebató la batuta a su marido y me dijo lo que pedían de mí.

—We've been told by the authorities that you have been very helpful in cases involving English-speaking visitors to San Sebastian in the past and we'd like to request your help in the case of our Ralph.

Yo estaba al punto de preguntarle quién era el estúpido de las autoridades que me había recomendado para un trabajo que nunca había hecho en mi puta vida, cuando la señora me cortó la palabra con una de las frases más intrigantes del inglés. O de cualquier otro idioma.

—Of course, we'll pay you for your investigative efforts.

Entonces estaban dispuestos a pagarme por realizar una investigación de la muerte de su hijo porque algún policía les había dado mi nombre, sin duda para ahorrarse la molestia de tener que enredarse en un papeleo que él consideraba inútil en el caso de un acci-

dente de un turista borracho. Obviamente, no les había informado a los Johnson sobre la naturaleza de la ayuda que yo había prestado en el pasado y esa falta de comunicación ahora se me había convertido en una oportunidad de ganarme unos cuantos centenares de euros. La pregunta era si yo iba a aclararles la situación a los Johnson y lo estaba pensando cuando la señora Johnson salió con otra frase bella, digna de una obra del mismo William Shakespeare.

—*Will an initial deposit of three hundred pounds be sufficient?*

Un depósito de trescientas libras esterlinas era suficiente para que aceptara el trabajo y más que suficiente para que me callara el pico sobre cualquier trabajo que había hecho en el pasado. Pero la señora Johnson todavía no había terminado de encantarme con su poesía.

—*And what is your hourly rate?*

¿Me querían pagar por hora además de entregarme un depósito inicial también? ¿Por hacer unas preguntas a todavía yo no sabía quiénes? La primera cosa que me vino a la mente fue la cifra de treinta euros por hora que cobraba en las escuelas de inglés y eso fue lo que les dije. No les parecía irrazonable y me dieron un cheque del banco Barclays por el depósito inicial. Luego intercambiamos nuestra información de contacto, les prometí que les daría informes sobre cualquier progreso por lo menos dos veces por semana y que empezaría el trabajo inmediatamente. Claro que yo no sabía cuándo ese *inmediatamente* iba a ser, pero no podía pensar en otra cosa para decir. Con eso los Johnson se retiraron a su habitación y bajé la escalera a la entrada envuelto en una neblina mental por la buena fortuna que me había tocado. La señorita Inmaculada Corcóstegui me devolvió a la realidad de este mundo.

—Oye, ¿y cómo te fue con los ingleses?

—Ah, ¿ya nos estamos tuteando?

Por la sonrisa que ese comentario me ganó habría aguantado tres palabrotas y media bofetada además de ser tuteado por una casi desconocida.

—¡Bah! Ya nos conocemos y tú no me pareces tan formal de todas formas.

—Pues allí me pillaste, soy el más informal de los informales y, para que sepas, me fue bien con los Johnson.

—¿Por qué querían hablar contigo?

—Bueno, lo único que puedo decirte es que ahora son mis clientes y no desembucho más.

—¿Tus clientes? ¿Qué servicio les puedes ofrecer tú?

—Yo tengo la misma pregunta y ahora voy a ver si puedo contestarla. Mucho gusto, señorita Corcóstegui.

Al pasar por la puerta, oí su «*Good-bye, mister Llewellyn*» seguido por un comentario a sí misma: «¿Qué les habrá vendido ese sinvergüenza?».

Seis

Antes de volver al apartamento, me senté un ratito en el famosísimo Bar Zabaleta en la esquina de la Zabaleta con la Bermingham para consultar con un par de cañas y tres pintxos de pulpo. Que yo supiera, yo era la única persona del mundo que lo llamaba famosísimo y solo lo hacía para joderle la vida al dueño, Dioni Larrañaga. Toqué la punta de uno de los palillos con el meñique y logré sacar una gotita de sangre. Iba a probarlo en la garganta pero un comentario me congeló.

—Oye, Migue, hay formas menos difíciles de suicidarte. Sé que unos cuantos palillos en la garganta está muy de moda, pero, ¡vamos, hombre!

Dioni se sentó en frente mío y se rió con su carcajada de tabernero exitoso.

—Oye, se ve que la muerte de ese chaval al otro lado del río te ha afectado bastante.

Le sonreí.

—Ni cuenta te das.

—Ah, ¿sí? Pues cuéntame.

—Hombre, es que ya me siento amenazado cada vez que entro en un bar para comer algo. No me había dado cuenta de la cantidad de armas secretas que hay en estos lugares. ¡Vosotros los dueños sois un peligro para la sociedad! Mi terapeuta me ha aconsejado que...

—Oye, ¿desde cuándo tienes terapeuta?

—¿Y desde cuándo te tragas cada cuento que se te lanza?

—Vale, vale, pero si te vas a matar, hazlo afuera en la acera. Así el Ayuntamiento tiene que encargarse de la limpieza. Y ahora no puedo jugar más contigo, que hay clientes de verdad para atender. Y esta vez no te olvides de dejarme una propina tamaño americano, ¿oíste?

Tocamos puños y se levantó para volver al bar. Cuando le grité que mañana iba a otro bar, me enseñó el dedo mayor por encima del hombro. Como siempre, dejé una propina tamaño americano.

Cuando encendí la luz de mi apartamento, me acordé de que no tenía ningún inquilino surfista esa semana. El que se iba a quedar conmigo, reduciéndome el impacto financiero del alquiler mensual a la vez que aumentando el impacto en mi sofá, había llegado, pero al oír que las olas estaban mejores al oeste en Gijón, se había largado al instante. Se me había ocurrido informarle de que no había nada de Asturias que fuera mejor que lo de Euskadi, las olas incluidas, pero me había callado y mis cincuenta euros se habían esfumado. Normalmente, esa falta de dinero me preocuparía, pero como acababa de recibir un cheque por trescientas libras directamente del cielo, estaba contento de no tener que escuchar jerga surfista por una noche. Hice mi propio impacto en el sofá y puse las patas encima de la mesa de en frente. Tenía la intención de hacer una lista de los pasos de la primerísima investigación de mi vida, pero lo único que hice fue cerrar los ojos al instante. Me desperté a las dos de la madrugada y me arrastré a la cama. Vaya progreso.